

Pastoralia

Cecilio Arrastía:

El hombre,
El escritor y
El predicador.

Plutarco Bonilla A.

Plutarco Bonilla A.
Cecilio Arrastía: El hombre, el escritor y el predicador
Artículo publicado en diciembre de 1982
Revista Pastoralia n°. 4 – Año 9 – Páginas 6 a 35



CECILIO ARRASTIA: EL HOMBRE, EL ESCRITOR Y EL PREDICADOR

Plutarco Bonilla A.

1 EL HOMBRE

Permítaseme escribir esta sección en primera persona.

Conocí a Cecilio Arrastía cuando corría la última parte del año 1955. Quien esto escribe cursaba el primer año de estudios en el Seminario Bíblico Latinoamericano en San José, Costa Rica.

Como estudiante interno, residía en el edificio conocido entonces como “el Anexo”. donde actualmente está la sede del Ejército de Salvación: en el lado Este de la intersección de la calle 3 y la avenida 18.

Un buen día, cerca ya el fin del año académico, llegó a residir allí un pastor presbiteriano cubano, a quien la Iglesia Metodista de Costa Rica había invitado para predicar en varias campañas evangelísticas en diversos puntos de la geografía costarricense.

Al principio creímos todos que se trataba de un huésped más de los muchos que utilizaban el Anexo en su tránsito por San José. Y supusimos que este era, también, un predicador más. Sin embargo, no tuvo que transcurrir mucho tiempo para que nos percatáramos de nuestro doble error: ni un huésped cualquiera ni un predicador del montón era aquel hombre joven, alto, apuesto, de simpática personalidad. Pronto tuvo tras sí un séquito de jóvenes candidatos a predicadores, de diversas nacionalidades, que lo seguían por doquier, para escuchar sus sermones, siempre y cuando sus correrías evangelísticas no lo alejaran demasiado de la bella ciudad capital.

Así fue como ocurrió el primer encuentro con Cecilio Arrastía. Casi veintiocho años después, todavía recuerdo con fruición aquellos primeros tanteos de lo que sería una prolongada amistad que, como el vino, ha sido enriquecida con los años.

De aquellos años, varios recuerdos perduran indelebles. Algunos están ligados a otras personas que jugaron un papel importantísimo en la obra evangélica costarricense. Uno de ellos, el Rev. Juan Sosa, pastor de la Iglesia Metodista “El Redentor” (la Iglesia “central”) fue uno de los responsables de la llegada de Arrastía a San José. Fue él quien elaboró un programa de predicaciones que resultó agotador para el visitante, según confesión de este.

En fin, que Cecilio Arrastía pasó algo más de un mes en el Anexo (excepto durante algunos intervalos, cuando celebraba campañas en lugares alejados de su “centro de operaciones”), y en ese período los estudiantes del Seminario nos encariñamos con él y buscábamos su ayuda y su consejo, a veces sin prestar mientes a su estado físico después de una jornada ajetreada.

Varios aspectos de la vida y del ministerio de la predicación de Cecilio Arrastía nos llamaban la atención de manera particular. Como no fueron asuntos de “ave de paso”, sino realidad permanente, quisiera mencionar algunas:

1. *La calidad humana.* La propaganda impresa que se distribuyó con motivo de las campañas evangelísticas — - en particular la de “El Redentor” — presentaba a Arrastía como “príncipe del púlpito latinoamericano”. Volveré luego sobre este título, me interesa aquí destacar que, presentado así, nos daba la impresión de ser persona estirada, que había de mantenerse en la lejanía en su trato con los demás. Pero no era tal. Cecilio era — y sigue siéndolo — una persona común y corriente en su trato con el prójimo. Con esto no quiero decir que era “del montón”, como se verá más adelante, sino que no asumía poses, ni era artificial en sus relaciones con nosotros. En él todo era — y es — naturalidad.

Varios aspectos de su trato así lo revelaban. He aquí algunas imágenes:

Un compañero puertorriqueño había descubierto un domingo en la mañana que había perdido una valiosa pluma fuente, Por más que le ayudamos a buscarla no pudimos dar con ella. Cuando Cecilio regresó ese día al Anexo, después del almuerzo, se enteró del asunto y comenzó a hacer preguntas acerca de la marca, color, forma y otras características de la pluma perdida. Luego, desde el patio, gritó: “ ¡Roberto!” Y Roberto apareció en el pasillo del segundo piso, arrecostado sobre la baranda. Le preguntó Cecilio si era cierto que había perdido la pluma, y ante la respuesta afirmativa, añadió: “¿Tenía estas y estas características?”. Por supuesto, fue tan preciso en su descripción que Roberto estaba segurísimo de que la había encontrado, solo para desilusionarse cuando oyó decir: “Pues, lo siento. Yo tampoco la encontré”. Fue una especie de chiste cruel, pero revelador del tipo de compañerismo entre aquel predicador a quien admirábamos y nosotros, estudiantes de teología que apenas estábamos haciendo peninos en el arte de la exposición de la Palabra. Bromas de este tipo fueron innumerables en el transcurso de aquel mes difícil de olvidar.

Hay personas que a causa de la celebridad que han alcanzado como que se separan inconscientemente del grupo. Como no lo quieren, hacen esfuerzos por al menos aparentar que son iguales a los demás. Lo que resulta es una forzada naturalidad, semejante a la humildad del que es humilde porque quiere sentirse orgulloso de su humildad. Tarde o temprano — por lo general, más temprano que tarde — esa falsa naturalidad se resquebraja y se manifiesta la lejanía que siempre estuvo allí. No ha sido así con Cecilio Arrastía. Su espíritu jovial y su carácter abierto como amplia sabana se han manifestado siempre ... aún veintiocho años después de aquellas primeras experiencias de amistad. Uno de los primeros rituales que efectuamos, cuando nuestros caminos se encuentran,

es, el intercambio de los últimos chistes que hubiéramos aprendido. Y también el de los comentarios sobre cuestiones lingüísticas que hubiéramos leído.

Todo esto y mucho más que podría decirse, revela el carácter radicalmente humano de Cecilio Arrastía.

2 *La cultura.* La conversación con Cecilio — en particular aquellas que teníamos los estudiantes que invadíamos su habitación después que él regresaba de la Iglesia de turno, cuando quedaba él sentado al borde de la cama y nosotros hacíamos corrillo sentados en el suelo — era para nosotros cátedra de teología y cultura. Nos llamaba la atención cómo aquel predicador manejaba con facilidad y como cosa propia el pensamiento de los más destacados teólogos, del ayer y del hoy de entonces. Y quienes por diversas razones teníamos afición por la literatura, quedábamos arrobados por sus frecuentes referencias, sobre todo, a la literatura hispanoamericana.

Leía, además, a ciertos escritores de las que aprendía — según su propio testimonio — cómo describir de manera gráfica, precisa y elegante. Recuerdo haberle visto, por ejemplo, varias novelas de Zane Grey si mi memoria no me traiciona después de casi tres décadas.

Y ahora, al cabo de esas tres décadas, continúa con una práctica iniciada hace casi dos: con frecuencia me envía novelas “de acción”. En una de ellas, que conservo en mi biblioteca por la única razón de lo que señalo de inmediato, escribió esta nota: “Un buen predicador necesita tener imaginación”. Y aunque nuestros gustos literarios no coinciden totalmente (soy aficionado a la literatura de ciencia ficción, que a él no le atrae), parece que de una cosa estamos ambos convencidos: el predicador que no lee literatura de imaginación (novelas, cuentos, relatos cortos; de diversa naturaleza) le resta capacidad imaginativa a su predicación.

Esta voracidad literaria le permite al predicador que es Cecilio Arrastía mantener siempre fresco — en contenido y en estilo — el arte de su oratoria evangélica.

3. *La humildad.* El sabio es humilde. Nos referimos al verdadero sabio, y no meramente a aquel que sabe muchas cosas al estilo de una enciclopedia que goza de movimiento propio. Porque saber y sabiduría, a pesar de lo común de su etimología, no son exactamente lo mismo.

El que sabe mucho y no es sabio suele tornarse engreído, como que su saber lo ha colocado en un invisible pedestal desde el cual se siente con todo derecho de mirar de arriba hacia abajo a quienes real o supuestamente no saben tanto como él. Ese ha acumulado saber, pero no ha adquirido sabiduría.

Desde que lo conozco, Cecilio Arrastía no ha caído en esa trampa. Por la gracia de Dios, diría él.

No hace mucho tiempo, cuando recordábamos las experiencias de su primera visita a Costa Rica, me confesó cómo le había molestado el que en la propaganda impresa se hubieran referido a él como “Príncipe del púlpito”. “Príncipe” — dijo — “sólo JesuCristo”. (Lo escribo así — JesuCristo — porque recuerdo que en una época así le gustaba escribirlo, para destacar el significado de los dos nombres que se han fusionado).

Esta reacción no es más que un gesto significativo de toda su actitud existencial. Su crítica, que a veces suena a mordaz — como, quizá, en algunos de los artículos que componen esta breve colección — no son producto del desprecio ni de ningún escondido complejo de superioridad. En nuestras conversaciones sobre los mismos temas que han sido objeto de su crítica escrita no solo no se revela ese tipo de sentimientos, sino que se manifiesta una actitud comprensiva (aunque no condescendiente), respetuosa y sin soberbia.

Y la verdad es que habría razón — razón humana, que no cristiana — para que se sintiera enorgullecido: predicador internacional, de pensamiento profundo, ha sido también el primer hispano que ha predicado los sermones diarios en la Asamblea General de la Iglesia Presbiteriana Unida de los Estados Unidos de Norteamérica (en la de 1982). Es, además, excelente escritor, como lo comprobará el lector en las páginas que siguen. Pero, nada de esto se le “ha subido a la cabeza”.

4. *La amistad.* La amistad es un fenómeno que con frecuencia resulta inexplicable. Otro amigo, el Dr. Ernesto Teagle, especialista en cirugía cardiovascular, no hace mucho me decía: Hay personas de quienes no sé por qué soy amigo. Fulano de tal es una desgracia. Le hemos prestado dinero, le hemos ayudado de mil formas, y no hay manera de lograr que se recupere y viva dignamente. Sin embargo, nada de eso puede romper la amistad”. Y luego, en una frase feliz, sentenció de la siguiente manera: “La amistad es un accidente de la fe”. No sé, con exactitud, qué quiso decir con ello el Dr. Teagle. Pero a mí me dijo mucho.

Si es cierto que sin fe es imposible agradar a Dios, también lo es que sin fe no hay amistad genuina posible. Nos explicamos.

La forma particular de relación interpersonal que denominamos “amistad” es un misterio. Cuando uno trata de penetrar las razones que fundamentan esa relación, descubre, casi de inmediato, que no hay razones de orden lógico. Es más, puede que esa relación muestre los signos de lo ilógico. Y entonces uno se pregunta por qué se da la amistad contra toda razón. La situación hace que recordemos las palabras de Pascal acerca de razones que tiene el corazón que la razón no entiende. Es decir, hay aquí también un acto de fe: dación de sí mismo que no busca justificarse y que quiere el bien del otro. En la auténtica amistad no hay cálculo; no existe en ella una matemática del perdón (“¿hasta siete veces perdonaré...?”). Es, en una palabra expresado, amor.

Y el amor — al que San Pablo tan hermosamente cantó en su himno de 1 Cor. 13 — supera aun a la fe. Se expresa contra toda fe y contra toda esperanza (Cantares 6:6,7), y se hace presente cuando más se necesita. Así es la amistad, porque esta es la manifestación concreta de aquel .

En 1963 me tocó pasar por una experiencia difícil. Mi esposa falleció, víctima del cáncer. Cinco años y unos meses había durado nuestro matrimonio. Con ocasión de mi viudez, amigos de diversas partes del mundo me escribieron notas de consuelo y apoyo. Una en particular fue profundamente consoladora. La firmaba alguien que había sido amigo de la familia y había estado varias veces en nuestro hogar. Decía Cecilio Arrastía en esa carta lo siguiente: “No he podido evitar el recordar algo del pasado alrededor de Marta. Recuerdo cuando los conocí, a ti y a ella, siendo ambos estudiantes en el Seminario. Recuerdo su personalidad tan dulce y siempre sonriente. Recuerdo muy reciente, cómo ella me atendió y me brindó un sabroso almuerzo tan pronto llegué a Alajuela en mi último viaje a Costa Rica. Pienso en la tristeza de sus familiares allá en Chile, familiares a los cuales nunca más pudo visitar. Y pensando todo esto siento que es cierto que hay muchos tramos del itinerario de nuestra vida que hay que andarlos a golpes de fe. Porque no hay explicación racional a cosas como estas. Y yo, Plutarco, no pretendo hacer de mi carta un sermón, ni tratar de consolarte. Sólo quiero que sepas que estoy junto a ti como amigo y como hermano haciéndome las mismas preguntas que tú te haces. “¿Por qué, Señor, por qué?” Nunca he podido olvidar ese gesto ni esa nota. Aunque se trataba de eso, de una carta, sabía que la solidaridad que en ella se expresaba no se reducía a palabrería. Los años subsecuentes han seguido demostrando que no estaba equivocado.

5. *La prueba.* Cecilio Arrastía es cubano. Apoyé el proceso revolucionario que llevó a Castro al poder y luego, por razones que no estamos capacitados para analizar, se vio forzado a tomar el camino del exilio. Ha vivido, desde entonces, en Estados Unidos y Puerto Rico. La experiencia no resultó ser nada fácil. De ser halagüeña, ni hablar. Huellas indelebles deberá haber dejado en su espíritu.

Sin embargo, a Cecilio Arrastía habría que aplicarle también las palabras que él mismo pronunció refiriéndose a un amigo que había partido para estar con su Señor. Decía así de Luz Herminio Pérez: “Yo le vi transfigurarse y olvidarse de su propio dolor para animar a aquella mujer ... Frente al dolor ajeno, su propio dolor desaparecía y el corazón generoso de aquel hombre funcionaba para consolar y fortalecer a otros . Todo su dolor quedaba bajo el signo de la cruz...”.

Dialogar con él, verlo entregarse de lleno a su ministerio u oírlo predicar son experiencias edificantes y pueden resultar, simultáneamente, engañosas. Porque el observador que lo escucha podría crearse la falsa imagen de un hombre que por sus convicciones y por su comunión con Dios está más allá de la angustia, de la agonía, del sufrimiento y de la prueba. Y no es así. Suyas podrían ser también las palabras del poeta latino con las que don Miguel de Unamuno inició su libro *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*. “Homo sum; nihil humani a me alienum puto” (Soy hombre; no considero extraño nada que tenga que ver con el hombre). Pero el dolor, del cuerpo o del espíritu, con ser tan humano, ¿para qué cargarlo sobre otros? O, ¿por qué permitir que

cualquier experiencia traumática, sea cual fuere su naturaleza, afecte negativamente el ejercicio de la responsabilidad que sobre uno ha recaído? El temple de acero del alma se revela en las situaciones difíciles.

2 **EL ESCRITOR**

De Cecilio Arrastía no tenemos tantos escritos publicados como hubiera sido nuestro deseo. Gran parte ha aparecido en forma de artículos impresos a mimeógrafo. Ha dado también a la imprenta unos pocos libros, entre los que destacan. *JesuCristo, Señor del pánico* (1964); *Diálogo desde una cruz* (1965) e *Itinerario de la Pasión* (1978). En la edición de la Biblia conocida como *La Biblia de estudio del mundo hispano* aparece un enjundioso artículo suyo que lleva por título “El predicador cristiano y la Biblia” (1977).

Unas notas quisiéramos destacar respecto del escritor:

1. La persona que no haya escuchado directamente la predicación de Cecilio Arrastía no podrá jamás sacarle el jugo a los libros que este ha publicado. Están escritos de tal manera que hay que leerlos como si en vez de lectura se tratase de estar escuchando al autor predicar eso mismo. Esto significa que, en efecto, se trata de verdaderos sermones y no de simples piezas literarias (o artículos disfrazados de sermones). El propio autor lo ha afirmado: “los sermones son para ser oídos y no para ser leídos”.

2. Quizá lo que hemos afirmado — pero, estamos seguros, no solamente ello — fue lo que llevó a Luis D. Salem a afirmar lo siguiente: “Es difícil decir qué es más agradable si oír los sermones de Cecilio Arrastía o leerlos” (“Antes del Prólogo”, en *JesuCristo, Señor del pánico*, p. 5). Lo cierto es que tanto por su forma como por su contenido, los escritos de Arrastía dejan su huella en el lector: “Al oír predicar a Cecilio Arrastía” — sigue diciendo Luis D. Salem — “se siente que una mano invisible baja a los más recónditos aposentos del alma para encender luces con la rapidez de un conmutador eléctrico” (loc. Cit.).

3. En cuanto al estilo — y sin repetir ahora lo que decimos en la sección siguiente. sobre la predicación — destaca su carácter directo, sin engorrosos rodeos que despisten al lector. Con un vocabulario rico, salpicado aquí y allá con frases latinas de fácil comprensión o con términos griegos o hebreos que sirven para arrojar luz a lo que se explica, la palabra nunca es un obstáculo que se interponga entre la idea y el lector, sino medio eficaz para establecer la comunicación. El adjetivo, oportuno y, con frecuencia, elegante, no opaca al sustantivo. Por eso el texto siempre tiene sustancia.

Es una lástima que Cecilio Arrastía no haya escrito más. Tanto por razones estéticas como didácticas. Esperamos que continúe ofreciendo al mundo evangélico su valiosa contribución por medio de la palabra impresa.

3 EL PREDICADOR

Cecilio Arrastía es ante todo y sobre todo pastor y predicador. También es profesor. Nos consta que cuando las vicisitudes de la vida le han llevado a ocupar cargos burocráticos, o que le desvían de estas ocupaciones fundamentales, añora volver al púlpito o al aula de clase. Así lo ha confesado en más de una ocasión.

Su nombre es, en América Latina, sinónimo de predicación, y de predicación de altura. Para efectos de este breve trabajo vamos a dividir esta sección en tres partes, que intitularemos así: 1. El predicador-cristiano; 2. El predicador-teólogo; y 3. El predicador-orador.

1. El predicador-cristiano.

Al escuchar a Cecilio Arrastía cuando predica, o al leer lo que ha escrito que tiene que ver con el arte de la proclamación del evangelio desde el púlpito, es fácil notar que hay una especie de constante matemática o *leit-motif* que permea todo su hablar. Lo expresa él mismo con frecuencia echando mano de una frase latina sumamente conocida: *ad maiorem Dei gloriam*. Él quiere que todo — y de manera muy concreta el acto de la predicación — sea para la mayor gloria de Dios. Del Dios trinitario del que dan testimonio las Escrituras sagradas.

En 1955, cuando visitó Costa Rica por vez primera, escribió en el ejemplar de la Biblia de quien esto subscribe, los siguientes pensamientos:

El mejor modo de conservar nuestra integridad
es dejándonos “destruir” por el poder de Dios.
El hombre es más grande cuando más pequeño
sea ante Cristo.
Aparte de la obra del Espíritu Santo no hay
ministerio fecundo.
Dios Padre, Hijo y Espíritu forman el corazón del
carácter cristiano, de la verdadera grandeza y del
poder capaz de cambiar al mundo.

No se trata de una actitud de piedad sensiblera que le tiene miedo a la vida y se esconde tras ropaje místico. Se trata más bien de la santidad mundana de que nos habla Bonhoeffer, y cuyo ejemplo supremo es el propio Señor Jesús, “quien padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, *para que nosotros andemos en sus pisadas*” (1 Ped. 2:21).

Que la predicación no quede flotando en el aire, como discurso cargado de retórica, sino que se haga carne y huesos en los oyentes es la nota que se repite sin cansancio en la predicación de Arrastía. Porque la teología sin vida no sirve para nada, excepto para traer mayor condenación al que la postula.

Esta encarnación del mensaje se expresa en el anuncio de un evangelio que consiste en la proclamación del señorío de Jesús el Cristo, proclamación que

alcanza su plenitud cuando ese señorío se hace patente en las vidas de aquellos hombres y mujeres que lo reconocen y lo reciben en obediencia.

Otro elemento significativo que revela el calibre cristiano del predicador que es Cecilio Arrastía lo constituye su devoción por las Escrituras. El artículo titulado “Mi hogar de ayer y mi predicación de hoy” es un testimonio de claridad meridiana acerca de las raíces de esa devoción. Su amor por la Biblia en tanto palabra de Dios no se reduce a una comprensión fetichista y tabú, tan frecuente a veces en círculos protestantes. Es la palabra en la cual, de modo muy *sui generis*, Dios nos interpela y reclama nuestra sumisión.

2. El predicador-teólogo.

Si hay tragedia en el púlpito latinoamericano es la del simplismo teológico. Simplismo que algunos confunden con simplicidad. La predicación protestante — y de manera muy concreta la predicación evangelística — parece a veces un conjunto de recetas baratas que obran por arte casi mágica.

(1) *La crítica*

Varias son las causas y las manifestaciones de este fenómeno. El propio Arrastía menciona algunas de ellas en sus escritos. Veámoslas:

(a) Falta de una seria *formación teológica* de los predicadores. No es el caso de pretender que cada predicador sea un teólogo sistemático consumado. Ni siquiera de esperar que cada persona que ocupe un púlpito cristiano se haya graduado de alguno de los pocos seminarios de nivel superior que hay en América Latina. Porque la formación teológica no se adquiere *solo* en la rigurosidad de la disciplina académica en una institución especializada. En el fondo es casi un asunto de actitud, de estar siempre “en tesitura teológica”. Porque es entonces cuando el predicador se torna ávido y disciplinado lector, requisito *sine qua non* para que su predicación no sea superficial ni simplista.

Pero tampoco se trata de repetir lo que se lee, pues la predicación no es un florilegio. El predicador ha de tener la capacidad de asimilar, y no de absorber, lo que lee. Absorbe la esponja que, cuando se la exprime, suelta todo lo que ha embebido. Asimila el que incorpora algo a su propio ser. Aplicado al estudio, dice el diccionario que asimilar es “aprender algo comprendiéndolo”, es decir, incorporar algo — luego de una especie de ‘digestión’ intelectual — al propio bagaje cultural, equipo de lucha en la esfera del espíritu.

El predicador que no adquiere el hábito de *pensar teológicamente* está irremisiblemente condenado a ser superficial y a usar subterfugios para hacer frente a su responsabilidad. Puede, por ejemplo, recurrir a alguno de esos libros — malditos en su mayoría — de bosquejos de sermones, que son una especie de predicación en conserva y que solo sirven para inclinar al predicador que de por sí no tenga una acentuada disciplina académica, hacia el abandono y la vagabundería. O puede — y de esto hemos sido testigos — leer desde el púlpito, como suyos, sermones de otros. O convertir la predicación en un mero pasatiempo.

Es cierto que no se puede desvalorar la vida por acentuar la teología. Pero es cierto también que no puede ponerse énfasis equivocado en la práctica cristiana a costas de la comprensión, teológica, de esa práctica. Las falsas alternativas pretenden plantear esto como una dicotomía que exige definición de nuestra parte. Pero, tampoco aquí se trata de “esto o lo otro”. sino de “*esto y lo otro*”.

(b) Íntimamente vinculada a lo anterior, otra causa-manifestación de la pobreza teológica general del púlpito latinoamericano es la deficiente calidad exegética de nuestros predicadores ... cuando existe el esfuerzo de hacer exégesis.

De nuevo hay que destacar lo que Cecilio Arrastía repite sin cansancio: “repetir no es interpretar”; “repetir no es predicar”. Es decir, no basta con citar textos bíblicos en nuestros sermones para satisfacer las exigencias de una predicación bíblica. Sermones ha habido que con todo y estar saturados de textos bíblicos han sido totalmente antibíblicos. No olvidemos que en los relatos evangélicos de la tentación de Jesús (Mat. 4 y Luc. 4) el propio tentador citaba textualmente las Escrituras del A.T.

Es la calidad del uso de esas Escrituras lo que determina la naturaleza de nuestra predicación (si es bíblica o no), y no básicamente la cantidad de versículos que pueda inyectarse en un determinado sermón.

(c) Un tercer elemento significativo, en esta especie de diagnóstico de la situación del púlpito, lo constituye el individualismo — a veces exagerado — que domina nuestra predicación. Esto se manifiesta en dos planos fundamentales. Por una parte, hay una acentuación fuera de límite de la individualidad del predicador. Siguiendo el modelo de Billy Graham, apareció una gran cantidad de organismos cuyos nombres, con variantes lógicas, seguía este patrón: “Asociación Evangélica Fulanito de Tal”. El personaje principal del drama era el “evangelista”. Todo se centraba en él. En la propaganda impresa su nombre se repetía más veces que el de Jesús (y no se piense que exageramos, pues quien esto escribe se tomó la molestia de hacer un estudio al respecto). La comunidad de fe jugaba un papel muy secundario, pues él, el predicador, era *el* evangelista. Esta situación todavía perdura, con más o menos fuerza.

El segundo plano es el del contenido de la predicación. En este caso se toma a la persona como individuo. El mensaje es sólo para él, para su vida íntima, espiritual (pues la persona-individuo es reducida a espíritu). En el fondo hay aquí un velado proceso de despersonalización, pues persona dice necesariamente de comunidad. Y como se remacha sobre la naturaleza *individual* de las exigencias del evangelio, también resulta una presentación de este como la promoción del egoísmo y, por ende, la negación del auténtico evangelio.

El otro lado de la medalla consiste en que frente al activismo del predicador y de sus acólitos, a la congregación (comunidad de fe) no le queda más remedio que mantenerse totalmente pasiva.

(d) Consecuencia de lo anterior es el cariz dualista que toma no ya sólo la predicación sino toda la fe cristiana. Nos referimos aquí a dualismos que son falsos, a la luz del testimonio de la Palabra de Dios. Por ejemplo, fe y cultura, evangelio y realidad social, persona y horizonte sociopolítico, etc.

Por su propia formación e intereses, a Cecilio Arrastía le preocupa de manera particular el terna de la relación de la fe y la cultura, y, más concretamente todavía, le atrae el estudio de la posible relación entre la predicación y la cultura latinoamericana. Puesto que volveremos sobre este asunto más adelante. valga decir aquí solamente que la predicación de Arrastía es un claro ejemplo de la presentación del mensaje cristiano en un ropaje cultural auténticamente latinoamericano.

(2) *El predicador y la teología*

Veamos a continuación lo que constituye, a nuestro entender, el meollo del pensamiento de Cecilio Arrastía en cuanto a la predicación. Nos encontramos aquí ante una riquísima veta que habría que explorar — y explotar — con más detenimiento y acuciosidad que los que permite el propósito de este artículo. Destacamos los elementos que consideramos sobresalientes:

(a) *El Dios soberano*

Todo el pensamiento de nuestro autor está dominado, por esta idea toral: Dios es soberano. Y ha manifestado esta soberanía tanto en su acto creador como en su acto redentor. Se enmarca así ese pensamiento en la más genuina tradición reformada.

Esta realidad ha de mostrarse no solo en el contenido de la predicación sino también en el mismo hecho de ella. Es decir, el acontecimiento que llamamos “predicación” tiene que ser, de por sí, un acontecimiento revelador de aquel que es el Señor de la predicación.

Ahora bien, ese Señor soberano no ejerce su soberanía tiránicamente:

*Él no empuja a la historia desde atrás. La hala desde el frente. Es el Dios de la esperanza de Moltmann: no sólo el Dios que está **por encima** de nosotros; o el Dios subjetivo que vive **dentro** de nosotros. Es preciso pensar en el Dios que se mueve **delante** de nosotros. El que guía al pueblo a Cannán, después de haberlo sacado de Egipto. (Itinerario de la pasión, p. 45).*

Con otras palabras dicho, la soberanía de Dios actúa a favor del ser humano, pues, como ya había afirmado San Pablo, en Cristo Jesús Dios ya ha pronunciado el sí a todas sus promesas (2 Cor. 1 :20): La acción “destruktiva” de la actividad divina es, de hecho, su acción reconstructiva, porque lo que Dios destruye es la propia destrucción, de la que así el ser humano queda liberado para ser más auténticamente él mismo. Por eso afirma la Sabiduría que sus “delicias están con los hijos de los hombres” (Proverbios 8:31).

Además, ese ejercicio de poder soberano no es mera formulación teórica de una teología que quiere ser teocéntrica. La soberanía divina se ha hecho historia en Jesús el Nazareno, la palabra en-carnada:

Prescindamos de especulaciones sobre las dos naturalezas del Señor y digamos, así de golpe, que lo primero que esta palabra nos dice es que allí está muriendo, no el dios gnóstico, sino el Dios de los cristianos; no una aparición, sino un Dios-hombre, muy de carne, muy de hueso. (Diálogo desde una cruz, p. 33)

Y ahí radica la gran paradoja: el Dios soberano que en su soberanía se autolimita en Jesús al asumir la condición humana, por una parte se pone libremente a nuestro alcance, pero, por otra, no se deja manipular por quienes creen haberlo ya alcanzado:

Y esto es el genio de la fe cristiana: que el hombre tiene a Dios, pero no le tiene. Que lo tiene, como los hebreos tenían el maná en el desierto, en el momento del hambre; pero no podían almacenarlo y domesticarlo. Y así el hombre cristiano tiene a Dios: lo tiene y no; lo posee y no. Cuando cree que lo ha perdido. Dios está a su lado. Cuando cree que lo tiene y lo domina, Dios no aparece (Diálogo, págs. 33 y 34).

Pero la paradoja adquiere un cariz trágico. Al comentar el texto de Mat. 27:28, en que se narra la historia cuando desnudan a Jesús y le echan encima un manto escarlata (o sea, el manto propio del soldado romano), dice Arrastía:

Jesucristo ha sido muy disfrazado. Como el popular Maneken Pis de Bruselas, ha sido vestido con muchas ropas distintas. Lo han disfrazado de príncipe poderoso, con oro y púrpura; de ejecutivo de empresas omnipotentes; de capitán de industrias opresoras; de conquistador a la jineta de seres ignorantes; de símbolos de imperialismos absorbentes ... A Cristo no se le conoce cuando se le disfraza ... Sólo la maldad del hombre puede disfrazarlo de modo tan cruel y tan estúpido. (Diálogo, págs. 13 y 14).

En Jesús, el Dios soberano nos interpela. Porque la encarnación tiene sentido a partir de la condición humana, como expresión del amor de ese mismo Dios: “es siempre en el contexto del vacío del hombre que Dios revela su plenitud. Son nuestras ausencias las que hacen reales sus presencias” (Itinerario, p. 30). Y esa interpelación demanda respuesta: “A Cristo se le acepta o se le rechaza, pero con seriedad ... Lo que es imperdonable es acercarnos a él con frívola burla” (*ibid.*, p. 53).

Todo esto — y más — incide directamente en la predicación (como acontecimiento y como mensaje). Por una razón muy sencilla y muy profunda: porque,

en resumen, Cristo es Palabra (medio de comunicación); es evangelio (contenido y esencia del mensaje), es evangelista (factor

real de conversión); Señor (Hijo de Dios, Dios mismo) y Juez. Como Palabra de Dios es la más íntima y genuina expresión de los pensamientos y propósitos de Dios para el hombre; como evangelio provee la estructura conceptual del sermón; como evangelista toma en sus manos la responsabilidad de transformar el corazón y la voluntad del hombre; como Señor, demanda la obediencia que da sentido a la vida humana, y como Juez produce la crisis del hombre subrayando así el hecho de que la redención del hombre pertenece a Dios, se origina en Dios, y es producto de la acción graciosa de Dios. (“Teología para predicadores”, punto 4 in fine).

(b) *El ser humano*

Función de la teología — y, por ende, de la predicación, en tanto que esta puede concebirse sin aquella — es, entre otras, el servir de “correctivo de las torcidas ideas del hombre sobre sí y sobre la creación” (“Teología para predicadores, punto 1). De ahí que sea indispensable recurrir al testimonio bíblico para dilucidar el asunto. Y en el testimonio bíblico, Cecilio Arrastía encuentra estos datos: *primero*, el ser humano es creado del polvo de la tierra; *segundo*, allí, sobre este polvo, Dios puso su imagen.

Y de estos dos datos bíblicos se deduce lo siguiente: del primero, que “aquí se nos subraya lo transitorio, aleatorio, efímero y fugaz del ser humano. Es creado de lo más bajo y de lo más despreciable”, pues “este polvo [es] deleznable” (“El hombre, el texto y el contexto”, 1,1 y 1.2); del segundo dato se concluye que esto es “lo de más valor. Lo eterno e indestructible; lo santo y puro...” (*ibid*, 1 .2); y de la combinación de ambos, se llega a la conclusión de que

La obvta contradicción que existe entre estos dos componentes es anuncio de la realidad humana: somos contradicción, ambivalencia dramática. Por un lado reaccionarnos con generoso desprendimiento, que nos hace héroes; por otro, con bochornoso egoísmo, que nos hace monstruos. Morimos como mártires o sobrevivimos como tiranos. Somos ala o somos lodo. Volarnos o nos arrastramos. La lucha paulina, entre el bien que podemos y que no podemos hacer y el mal que queremos rechazar, sin embargo hacemos, aquí halla su explicación. Este es el hombre. Así es la mujer. Esta es la humanidad: imagen de lo eterno sobre el polvo que perece. (Ibid, 1.3)

Esta misma comprensión de la antropología bíblica se repite en *Itinerario de la pasión* con estas palabras:

El hecho de que el Señor illustre su pensamiento con una moneda en la cual están la imagen de lo Eterno y la imagen de lo temporal es harto interesante. Así como en la moneda se unen Dios y César eternidad e — historia — en el hombre están impresas esas dos imágenes. El hombre es creado del polvo de la tierra — César — pero sobre él se imprime la

imagen de Dios — eternidad. Es lo permanente sobre lo aleatorio y fugaz. (p. 49).

Esta comprensión de la naturaleza humana, expresada en lenguaje tal que hasta puede resultar chocante (no tanto por la crudeza de lo que se dice sino por la pregunta de si es correcta la interpretación), podría llevar al lector a la sospecha de que el autor está cayendo aquí en una forma típica del mismo dualismo que ha condenado desde otra perspectiva (véase lo que indicarnos como cuarto aspecto de “la crítica”, p. 14). Aunque volveremos después sobre este mismo asunto, quisiéramos destacar ahora que el autor no cae en la trampa (que, en cierta medida, él mismo se ha tendido), sino que recupera el sentido integral e integrador del evangelio.

En efecto, inmediatamente después de la última cita textual que hemos hecho de *Itinerario de la pasión*, se afirma lo siguiente:

*El **dictum** de Cristo no significa, en este contexto, una separación total, absoluta, entre el reino de lo histórico y el de lo eterno. Al contrario, aquí estamos frente a un caso de interacción y de doble responsabilidad. La criatura tiene deberes ante Dios, pero también los tiene ante el pedazo de geografía e historia en que Dios lo colocó. No se puede vivir pensando sólo en Dios y olvidando el **hic et nunc**, porque precisamente, Dios se nos hace conocido en este aquí y ahora. Menos aún podemos vivir sólo en el plano de César, ignorando realidades trascendentales del espíritu: sería afirmar “el polvo de la tierra” negando “la imagen de Dios”. La dualidad de imágenes proclama una dualidad de deberes. Aquí hay un balance armónico de imperativos que le dice al hombre que es preciso tener una conciencia político-social que lo vincule a la historia. Es que a veces la única forma de dar a Dios lo que él demanda es dándole a la historia lo que ésta exige. También ocurre que hay momentos de sabor dramático, cuando la única forma decente de dar a Dios lo que a él le pertenece es luchando por quitarle a César lo que él tiene, pero que no le pertenece. El César, sea de derecha o de izquierda, fascista o marxista, que oprime al pueblo y le quita su libertad, y le conculca sus derechos y lo deshumaniza, está haciendo suya realidades y prerrogativas que son del pueblo, que son de Dios, y por lo tanto la única forma válida de honrar a Dios es luchando por arrebatarse a César lo que él usufructúa sin derecho alguno. La riqueza de la tierra, los tesoros del subsuelo, la dignidad del hombre, el respeto que todo ser humano debe recibir, la pureza del ambiente, la paz o la seguridad del individuo y del hogar, todas estas son realidades que pertenecen a Dios.*

Y hay momentos y situaciones en la historia, en que césares en forma de individuos, corporaciones, empresas nepotistas o partidos políticos, se apoderan de estas bendiciones de Dios y las prostituyen haciendo feudo y propiedad de unos cuantos, lo que para todos Dios creó y donó. Entonces, hay que quitarle a César lo que es de Dios y del hombre, para así dar a Dios lo que a Dios pertenece. (Págs. 49 y .50).

No se trata, por tanto de una concepción antropológica que sirva como fundamento para justificar la actitud escapista, de huida, que tanto caracteriza a muchas de nuestras comunidades evangélicas. Aunque, no lo negamos, la dicotomización substancial, con las caracterizaciones con que el autor la ha explicitado, bien podría llevar a ello.

Esta ruptura de la dicotomía se manifiesta sobre todo, en los escritos de Arrastía, en las ecuaciones hombre-Dios y persona-comunidad, y en las interrelaciones implícitas en ellas. Leemos así:

*Concebir un Dios grande, sin admitir **ipso facto** la dignidad y la grandeza de la criatura, es error craso. Subrayar nuestra identificación y amor con el hombre, sin ver a Dios en esta ecuación, es también grave. En la frase final del escriba, la ofrenda más importante que podamos presentar ante el altar de Dios es la de nuestro amor a él y nuestra lucha por los derechos de nuestro prójimo. Porque en la ética cristiana, amar no es suspirar; amar no es soñar. Amar es luchar porque la dignidad, la libertad, el decoro y la humanidad del prójimo sean garantizados en una sociedad que exprime al hombre y después lo margina como cosa inservible. La gracia divina toma al hombre marginado por exprimido, le inyecta vida nueva y lo devuelve a la vida abundante y en este proceso de rehabilitación y re-humanización, Dios usa al otro hombre como instrumento redentor. De aquí la responsabilidad social y política del cristiano. (Ibid., págs. 56 y 57)*

Todo este cuadro apunta a un hecho profundamente significativo a la luz de la teología neotestamentaria: Cecilio Arrastía toma en serio las implicaciones de la encarnación. Por ello, no puede faltar el énfasis en la naturaleza histórica de la vida y obra de Jesús el Cristo, y las consecuencias que ello tiene para la vida de la comunidad que se denomina a sí misma según el nombre de Cristo. Así, como lo fue para su Señor, también para la Iglesia “amar es luchar”, y si no lo es, no se trata de amor sino de sensiblería. Leamos de nuevo:

*Estando en el templo, le viene encima la primera embestida. Jefes sacerdotales, junto con escribas y ancianos le esperan. ¡Qué comité de recepción! ¡Es más un pelotón de fusilamiento que un comité para dar la bienvenida al visitante! A boca de jarro hacen el primer disparo: “¿Con qué autoridad haces **estas cosas?**”. “Estas cosas” — ellos no lo pueden entender por que tienen ojos y oídos pero ni ven ni oyen — son las cosas que Dios quiere que su hijo haga. “Estas cosas” lastiman los intereses creados de los opresores, pero tienen como función liberar al oprimido. “Estas cosas” son ofensivas para la minoría dominante, pero se convierten en bálsamo para las mayorías explotadas. “Estas cosas” son las cosas que Dios desea que su iglesia haga todos los días: invadir territorio enemigo, territorio prostituido por el enemigo, y rescatarlo a impulsos de amor y de justicia. Hay látigos que la iglesia ha archivado y precisa sacar de sus gavetas y hacerlos restallar de nuevo con sublime indignación.*

Urge que la voz profética de la Iglesia se deje oír como trueno que anuncie una tormenta cercana. Hay racismo, sexismo, drogas, política sucia y opresora, burocracia arrogante e ineficaz: todas estas cosas ofenden a Dios, destruyen su creación y bestializan al hombre, Y contra estas cosas, no puede haber tregua ni cese de hostilidades. (Ibid., págs. 42 y 42),

¡Cuánta falta hace que de veras comprendamos la dimensión histórica de nuestra fe! Por supuesto, necesario es confesar explícitamente que el Dios en quien creemos — a quien conocemos en el *hic et nunc* de nuestra existencia terrena — al igual que la salvación que nos ofrece no se agotan en el espacio ni en el tiempo de los paréntesis que marcan nuestro nacimiento y nuestra muerte. Cecilio Arrastía así lo explicita, tanto en su predicación como en sus escritos. Pero esto no significa — no puede significar — que la existencia terrena es un sinsentido. Contra ello estaría, como un todo, el testimonio bíblico. Afirmar el sinsentido es negar que Dios es el creador; es afirmar que Dios renunció a su señorío; es negar que en su entraña el hombre es historia; es afirmar que la encarnación del Verbo fue una patraña.

Pero no es así. Y por eso la historia, esta historia, es el *theatrum gloriae Dei*, el escenario donde Dios revela su gloria. Pero no es simple escenario, porque incluye también la trama que allí se desarrolla:

*El contexto es suma de historia y geografía. No es mero escenario: es escenario y drama al mismo tiempo. Es, para usar otra expresión de Juan Calvino, **theatrum gloriae Dei**. En este tinglado, Dios es personaje principal, protagonista “par excellence” (“El hombre, el texto y el contexto” parte introductoria)*

Al decir “contexto”, dos vienen a la mente. Ambos son dramáticamente vitales. Uno es el inmediato. Su denominador común es hambre, droga, delincuencia, viviendas inadecuadas, educación deficiente, prejuicios, desempleo, alcoholismo, divorcios. El otro es el mediato, pero no por lejano ausente. Aquí está la situación de árabes e israelitas; la tragedia de Argentina; la guerra fratricida de Irlanda; la sangre derramada en Líbano; el terrorismo internacional con Munich y Rodesia como modelos trágicos. Todo esto forma el contexto del hombre de Dios. Este es el “teatro de la gloria de Dios”. ¿Qué gloria? ¿De qué Dios? (Ibid., III, 3).

(c) *Jesucristo*

Del Dios que se hace hombre. “De la gloria de Dios reflejada en el rostro de! Mesías” (2 Cor. 4:6). De Jesús, el Cristo de Dios. Del Dios que muere. Como lo afirma Moltmann en *El Dios crucificado* y como lo cantó en su canto inmortal aquel vasco sin fronteras que se llamó Miguel de Unamuno:

“¡Se consumó!”, gritaste con rugido cual de mil cataratas, voz de trueno

como la de un ejército en combate.
— Tu a muerte con la muerte —; y tu alarido,
de Alejandría espiritual, la nueva
soberbia Jericó de los paganos,
la de palmeras del saber helénico,
derrocó las muralas, y de Roma
las poternas te abrió. Siguióse místico
silencio sin linderos, cual si el aire
contigo hubiese muerto y nueva música
surgió, sin terreno, en las entrañas
del cielo aborrascado por el luto
de tu Pasión. Y del madero triste
de tu cruz en el arpa, como cuerdas
con tendones y músculos tendidos
al tormento, tus miembros exhalaban
al toque del amor — amor sin freno —,
la canción triunfadora de la vida.
¡Se consumó! ¡Por fin murió la Muerte!

Solo quedaste con tu Padre — solo
de cara a Ti — mezclasteis las miradas
— del cielo y de tus ojos los azules —,
y al sollozar la intensidad, su pecho,
tembló el mar sin orillas y sin fondo
del Espíritu, y Dios, sintiéndose hombre,
gustó la muerte, soledad divina.
Quiso sentir lo que es morir tu Padre,
y sin la Creación vióse un momento
cuando doblando tu cabeza diste
al resuello de Dios aliento humano.
¡A tu postrer gemido respondía
sólo a lo lejos el piadoso mar!

(El Cristo de Velázquez, segunda parte, II: “Se consumó”)

Pero este Dios es vencido por la muerte sólo penúltimamente. Porque su muerte resulta ser, en el balance final, la muerte de la muerte. Cecilio Arrastía en un momento de inspiración poética lo cantó así, en el poema ‘Muerte y esperanza’:

Ya de la cruz pasó el dolor.
El cuerpo desgajado del Maestro,
por el impacto de la muerte roto,
descansa sin aliento ni clamores...

Reinó el silencio...
El pueblo voraz, ya satisfecho,
se devuelve a su rutina esclavizante.
Venció el instinto.
Se entronizó del hombre lo peor...

*Triunfó ya el mal...
El cadáver del “loco” ajusticiado,
proclama la victoria inevitable
del “juicio”, la “cordura”, y la “razón”.
¡Error de errores! ¡Locura de locuras!
El Cristo de la cruz mira a lo lejos,
sus ojos sin visión siguen mirando
y desde la torre augusta que el Calvario brinda,
contempla con mirada escrutadora
sobre los odios, la victoria del amor;
sobre la estéril razón adormecida
el triunfo del romance y la aventura.
¡Venció la luz; venció el amor!*

*La muerte del Señor sobre la cruz
apunta soberana y decidida
a la gloria luminosa
de la mañana eterna
en que las fuerzas de la muerte
vencidas serán desde una tumba.*

*¡Cristo murió! no lo dudéis.
¡No lo dudéis: ¡Cristo vivirá!*

Quando falleció el maestro Alberto Rembao, solicitaron a Cecilio Arrastía que se hiciera cargo de editar el último número de la revista *La nueva democracia*, pues de hecho, con el creador moría también la criatura. Arrastía cumplió a cabalidad la tarea, y en la parte interior de la portada de esa última edición transcribió — bajo el título “El Cristo de Rembao” — palabras propias del teólogo mexicano. En mucho, esas palabras reflejan también el pensamiento de nuestro autor: el Cristo de Cecilio Arrastía es aquel a quien el cristiano debe señalar cuando le preguntan por Dios. Porque nuestro Dios es como Cristo lo revela. No en vano dijo Jesús: “Yo y el Padre somos uno” (Juan 10:30). Y no en vano Juan lo presenta como la Palabra que se hizo carne.

Tarea primordialísima y esencial de la predicación es proclamar a ese Cristo, pues sin él no hay buena nueva: “El sermón es exposición del evangelio. Y el evangelio es Cristo”, nos dice en el artículo “Predicadores y predicadores”. En “Teología para predicadores”, bajo el título “Púlpito y Cristo” reitera: “Jesucristo es el evangelio que proclamarnos. El es la Palabra de Dios... En Cristo Dios se expresa, se comunica con el hombre. Jesucristo es, primeramente, lo que Dios tiene que decirnos”. Y en su sermón “¿Quién es Dios” afirma: “...aparte de Cristo el hombre no puede saber quién es Dios” (*JesuCristo, Señor del pánico*, p 72).

Ese Cristo es Emanuel. Su muerte en la cruz es sacrificio vicario y es también revelación, lección y ejemplo (*ibid.* p. 17). “La sangre que allí se vertió nos limpia de todo pecado, pero al limpiarnos nos permite recibir la lección suprema. la de una obediencia ejemplar” (loc. cit.). El poder de la cruz — es decir, el poder del Cristo crucificado y resucitado — es poder que redime y que capacita para la vida.

(d) *La salvación*

En su artículo “Billy Graham y sus imitadores”, Cecilio Arrastía crítica los vicios que él detecta en la predicación evangelística y en ciertos esfuerzos organizados para la evangelización. El individualismo del mensaje y el individualismo del “estilo” evangelístico (es decir, el “evangelistacentrismo”), así como la idolatría del número (“aritmología”) son males que carcomen la vida de muchas organizaciones cristianas. Ante ese cuadro (que en más de un aspecto se ha agravado en nuestros días), se manifiesta con mayor urgencia la necesidad de recuperar el mensaje bíblico de las buenas nuevas.

Como en los escritos que componen el Nuevo Testamento, y al igual que en el desarrollo teológico de cualquier pensador cristiano que tome en serio su teología, así también en el ministerio kerigmático — por la palabra hablada y escrita — de Cecilio Arrastía pueden destacarse diferentes aspectos en los que se pone el énfasis para acentuar el núcleo del mensaje cristiano.

En el artículo “El hombre, el texto y el contexto” (4.5) se pregunta el autor, “¿Cuál era, en resumen, el mensaje central de este Cristo-texto?” Y se responde de inmediato:

“El reino de Dios entre vosotros está”. Y es en este concepto del reino donde se reúnen, en creadora reconciliación, el hombre, el texto y el contexto. Este reino — parte de un misterio — no se define en ningún momento. Sabemos que no es comida ni bebida, pero no se nos da un esquema o una constitución del mismo. De manera críptica, escondida en parábolas, se nos habla de esta realidad.

Aquí el eje interpretativo, la clave hermenéutica, está en la realidad del reino de Dios. Clave esencial, por cierto, para entender el mensaje de Jesús. Pero no única.

¿Cómo entiende nuestro autor ese “reino” que está como velado en la riqueza parabólica de las enseñanzas de Jesús? El mismo responde en el texto que sigue inmediatamente al que acabamos de citar:

*¿Por qué este misterio? Porque este reino no es mera estructura, sino ENCUENTRO. En su centro está el Rey que juzga, pero que defiende al que se juzga. Este reino es comunidad de vasallos, y es en el contexto de esta comunidad donde la Palabra se analiza y entiende. Es desde este reino que salen los miembros de la **militia Dei** a invadir el otro contexto, el secular y secularizante. De aquí deben brotar las dinámicas que transformen y liberen el reino que es de este mundo. (Loc. Cit.)*

Varios elementos sobresalen en este breve párrafo. Veamos: **primero**, el reino de Dios no es *mera* estructura, nos dice Arrastía, lo cual, por implicación, quiere decir que *también* es estructura, pero que esta no es el elemento definitorio

de aquel. En efecto, la imagen de reino (como la de edificio, templo, cuerpo, etc., todas ellas imágenes bíblicas) encierra la idea de estructura. Pero la estructura del reino es *suigeneris*, porque está supeditada a otro elemento superior, que es el **segundo** elemento: el reino es ENCUENTRO. El factor existencial de la fe siempre ha estado presente en la predicación de Arrastía. La *decisión personal* es insoslayable cuando el mensaje del evangelio — Cristo mismo — confronta a una persona; **tercero**, la aceptación del evangelio es la incorporación al reino de Dios, el llegar a ser parte de esa comunidad de vasallos, que es la comunidad del Espíritu. No se trata, por tanto, de una decisión existencial solitaria que nos deja en la dulce desesperación de nuestra soledad. Todo lo contrario: si la serpiente paradisiaca quebró con su melosidad la comunidad que Dios había creado (y, como consecuencia, el hombre acusa a la mujer y a Dios, y la mujer acusa a la serpiente ... y nadie se hace responsable de sus propios actos), ahora, en el poder del Espíritu de Jesús resucitado — que es el poder del evangelio — *la comunidad es recreada*. Sin la presencia de este elemento comunitario no hay verdadera evangelización. Y no se piense que solo se trata de un necesario correctivo contra el descabellado individualismo producto de una equivocada interpretación de lo que hemos llamado “decisión existencial”. No es así porque esto pertenece al meollo del evangelio del reino; **cuarto**, la incorporación del que cree a la comunidad del reino tiene implicaciones definidas que se expresan no solo como privilegios y bendiciones sino también como responsabilidades y demandas. Junto con el perdón, la comunión con Dios y la habitación del Espíritu Santo en el creyente va la exigencia del discipulado y la entrega — posible sólo en el poder del Espíritu — a vivir como Jesús vivió: para los demás. Aunque en el texto que comentamos se usa el lenguaje militar (*militia Dei*), el impulso bélico va dirigido contra las fuerzas del mal, es decir, como en el caso de la muerte de Jesús, contra la misma destrucción a la que hay que destruir en “el nombre que es sobre todo nombre”; **quinto** la tarea de esta *militia* no se limita a “rescatar” almas del “reino de este mundo” para introducir las en el “reino de Dios”. Por una parte, el rescate no es de una parte sino del todo en tanto todo; por otra, “el reinado sobre el mundo” pertenece a nuestro Señor (Apoc. 11:15), por lo que el presente estado es de usurpación. La incursión en lo que todavía no es reino bajo el señorío de Cristo tiene como meta su transformación para que llegue a serlo. De ahí se deriva la dimensión política — considerada ésta como de *amor solidario* — propia del evangelio. Hay que luchar para que se extiendan en los reinos de este mundo las señales del de Dios, y, cual semilla que en seno de ellos germina, vaya desarrollándose el árbol frondoso del reino de los cielos. Para ello es imperativo que se tome conciencia de la realidad humana, personal y social, desde la cual y a la cual se dirige la “dinamita” del evangelio: “En un inundo de tanto déficit moral, los frutos de caridad, justicia, amor y verdad de que habla Pablo, son artículos de primera necesidad. Un mundo que no tenga esta clase de frutos es un mundo hambriento, famélico” (*Itinerario de la pasión*, p. 32).

Pero esta ausencia de frutos puede tener causas históricas concretas (y no solamente teológicas generales). Por eso continúa diciéndonos el autor en ese mismo texto, lo que sigue:

El árbol del incidente [Marcos 11:12-14] no tenía fruto porque no era época, pero en el mundo nuestro los frutos no maduran porque hay toda una constelación de factores que contaminan el ambiente

y malogran la cosecha. Es difícil producir frutos de justicia, cuando regímenes y estructuras opresoras sólo producen injusticia. Esta es una forma de contaminación. Es difícil que haya buena cosecha de amor, cuando odios políticos contaminan el terreno cordial donde se produce el amor — ¡o el odio! Es harto difícil que en el campo del espíritu religioso haya frutos de piedad y misticismo creador, cuando el secularismo rampante y las técnicas de las corporaciones multinacionales se han entronizado en la Iglesia de Cristo, llamada a la sencillez y contaminada por las absurdas y complejas estructuras burocráticas. Es difícil que haya frutos de candor, cuando la malicia reina; que los haya de confianza cuando la sospecha se enseñorea de todo y de todos. Esto es contaminación, sutil y honda; pero real y letal. (Ibid., págs. 32 y 33)

Y la gravedad de esta contaminación en el plano institucional — y no solo natural — la describe Arrastía con estos rasgos alarmantes:

*¿Qué contaminación es peor y más trágica: la de la naturaleza, o la institucional? Nuestra generación contempla ambas: el problema ecológico no es un recurso de agencias gubernamentales para justificar burocracia: es una realidad trágica que está afectando ríos y lagos, calles y parques, comunidades y personas. También es trágica la contaminación de nuestras más sagradas instituciones. El **hogar**, invadido por una ética que difumina sus cardinales componentes; la **escuela**, carente de un sentido de vocación que produzca rica cosecha de ciudadanos que sirvan a su patria; la **iglesia**, más preocupada por su supervivencia institucional que por cumplir la voluntad de un Dios misionero, dando más tiempo a luchas internas por poder que a lanzarse al mundo a proclamar que “Dios estaba en Cristo”; las **instituciones penales**, llamadas a rehabilitar y a rehacer, especializándose en hacer de equivocados sociales, criminales profesionales y encallecidos, de jóvenes inmaduros, homosexuales sin escrúpulos; las **estructuras políticas**, llamadas a servir, siendo elemento para provecho personal de políticos sin conciencia. Y la lista sigue. Si nos sorprendemos por tantas revoluciones violentas, en este breve inventario tenemos algunos de los caldos de cultivo de estos golpes que trastornan regímenes y rehacen estructuras. Tal vez fracasen, tal vez produzcan estructuras más opresoras que las destruidas, pero son un cabeceo del hombre por encontrar un camino de salida a tanta contaminación institucional, a tanto templo que da fruto de opresión. (Ibid. p. 36).*

Luego completa la idea cuando al hablar del “Cristo [que] vive del amor de sus seguidores”, afirma lo siguiente:

*El ser humano solo vive cuando se alimenta del amor de otros seres humanos. Este amor no es un algo celeste desvinculado de la tierra. Produce **justicia**, se acopla con la **verdad**, lucha por mejorar la condición del oprimido, se preocupa por libertar al opresor. Es*

brega, es intercesión, es intervención. Mueve al hombre a lanzarse desde su belvedere de extática contemplación, a la arena donde se lucha y agoniza. Produce misioneros, profetas, sacerdotes, maestros, médicos, cruzados, revolucionarios genuinos. hombres y mujeres del camino siguiendo al Señor de todos los caminos. (Ibid. págs. 61 y 62)

El pecado que se ataca es el personal y el social, el que está clavado en el corazón del ser humano y el que subyuga las estructuras que no tienen corazón: “El pecado del hombre, realidad social aunque muy personal, produce la destrucción de la sociedad” (*Diálogo desde una cruz*, p. 28). Por eso la salvación incluye la reconstrucción del ser humano en el contexto de la sociedad a la que pertenece: “Hay salvación genuina cuando el hombre se incorpora a la lucha de Dios por medio de la cual se presenta y desarrolla la condición humana” (Ibid., p. 29). “La fe cristiana es fe para la comunidad y cuando la iglesia olvida esta verdad y se cierra en la cápsula de su piedad de *ghetto*, traiciona a Cristo” (p. 30). “La salvación personal produce conciencia de responsabilidad social” (p. 31).

De ahí que la evangelización sea tarea prioritaria y solo pueda pensarse en ella “con una honda sensación de urgencia” (“Teología para predicadores”, No. 3). Este sentido de urgencia deriva, en primer lugar, de Cristo mismo, y en segunda instancia, de la necesidad humana. La meta última de la evangelización es la realización plena del *shalom* bíblico. Por eso el reino de Dios tiene una dimensión escatológica irreducible:

Lo que aquí tenemos es una forma de reduccionismo teológico. Es el afán de reducir a Dios a nuestras categorías. Y tal cosa no fue nueva en el ministerio de Cristo. Lo encontró en Nicodemo: categorías biológicas; en la samaritana: categorías étnicas; en el joven rico: categorías sociales. Tal realidad lo persiguió, como fantasma de media noche, a lo largo e ancho de su apostolado. ¡ Y lo sigue persiguiendo hoy día en las aberraciones teológicas y en los disparates doctrinales de tanto creyente y de tanta iglesia! El reino es DE Dios. La preposición es de genitivo: apunta a propiedad, a origen. El reino se origina en Dios e a él pertenece. Cristo viene a inaugurar una nueva era, de la cual su vida y sus milagros, su muerte y su resurrección, son señales. Pero este reino no es semejante al de Herodes o de Nerón en los cuales también hay señales. No, sépase de una vez por todas; la divinidad de Dios no es una prolongación de nuestra humanidad; su reino no es una extensión del nuestro, Por eso en el reino “no hay varón ni hembra, bárbaro ni judío, esclavo ni libre”. Las categorías glándulas, genes, o economía no son determinantes ni definitivas porque se vive en una nueva dimensión.

El pecado esencial de estos hombres se asemeja mucho al de Adán y Eva en el relato de Génesis. Los primeros padres querían ser como Dios era. Estos padres postreros que son los saduceos, quieren hacer el reino de Dios como es el reino de los hombres. Es el mismo pecado proyectado a lo escatológico. Lo primero es deifi-

car al hombre, lo segundo es reducir a Dios. Porque ni el reino de Dios es prolongación del nuestro, ni nuestra redención consiste en suplantar a Dios y usurparle su trono real. Ni Dios es un hombre gigantesco, ni el hombre es un Dios en miniatura. (Itinerario, págs. 54 y 55).

El camino para la incorporación al reino es la conversión. Es la vuelta del hombre a Dios, que pone al propio hombre en tesitura de obediencia, en virtud de la fe, porque “La conversión y la fe son inseparables” (“Teología para predicadores” No. 5)

(e) *La Palabra*

Sin la Palabra no hay fe, como nos recuerda Arrastía al repetir la afirmación del reformador ginebrino. La Palabra por excelencia es Cristo, la eterna que se hizo carne y puso su tienda de campaña — como divino tabernáculo — entre nosotros.

Pero Dios nos ha dejado también la Biblia, en la cual se encuentran registradas algunas de las Palabras que Dios mismo ha pronunciado. Y esa palabra escrita es *el texto del predicador* cristiano.

Juan Wesley, el hombre a quien Dios usó para conmover a la corrupta Inglaterra del Siglo XVIII, no obstante que era persona cultísima, versada en varias lenguas y de amplio horizonte intelectual, cuando escribía como predicador cristiano gustaba de caracterizarse a sí mismo como *homo unius libri*, “hombre de un solo libro”. Sabemos, por cierto, que leía muchísimos libros, y él mismo contribuyó a aumentar el caudal bibliográfico en lengua inglesa. Pero, en lo concerniente a la predicación, su texto era la Biblia, y todo lo demás le estaba a ella subordinado.

Así lo reafirma también Arrastía. En efecto, sostiene certeramente que la palabra del predicador vale en la medida en que sea palabra refleja, “en tanto en cuanto refleja la Palabra de Dios” (“Teología para predicadores”, No. 2).

Ahora bien, la tarea de la predicación es la vinculación de dos realidades. Una es un *datum*, es lo dado por Dios y, como tal, gracia, regalo, don. Es el *mensaje*. Es la Palabra que de Dios viene. Y el predicador tiene que luchar para ser fiel a esa palabra *a toda costa*. La otra realidad es lo que el propio predicador aporta. Es manufacturado, es decir, facturado (fabricado) por mano humana. Es el sermón. La distinción de ambas realidades no es fácil de hacer *en la realidad*. Por ello el predicador ha de mantenerse “en sintonía” con la Palabra y ha de buscar la iluminación del Espíritu que inspiró esa Palabra en quienes la escribieron. Esta verdad es, por supuesto, de amplia aplicación para todo creyente, pues la fe es posible por una ‘primera’ iluminación. Al comentar las palabras del ladrón arrepentido (“Acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino”), dice Arrastía:

“Tu reino...” nos podría parecer una ironía cruel. Pero no lo es. La expresión proclama la visión sin par de aquel ladrón en quien la gracia ha hecho entrada. ¿Quién, sino el que ha sido iluminado por

la gracia de Dios, puede creer en el reino de uno cuyo trono es una cruz, cuya corona es de espinas y cuyo cetro son clavos mohosos? ¿Quién puede creer en el reino de uno cuya corte se ha diezmado en cobarde fuga en el momento difícil, sino aquel a quien Dios ya ha llenado de luz? Ante la visión penetrante del ladrón. expresamos nuestro respeto. ¡Cuánto necesitamos los cristianos, en momentos de confusión y de asaltante pesimismo, esta visión que nos permita ver que Cristo sigue siendo Rey aun cuando está sobre una cruz! (Diálogo p. 22)

Pero para el predicador, esta “iluminación” adquiere una importancia capital, por la posición que ocupa y, sobre todo, por la responsabilidad que sobre él cae de ser “administrador de los misterios de Dios” (1 Cor. 4.1) y “de la multiforme gracia de Dios” (1 Pedro 4.10). Su posición de dirigente — pues el mismo acto de predicar es función directriz, al orientar al pueblo en la interpretación del texto bíblico — demanda de él la búsqueda de la palabra que Dios quiere dar a su Iglesia.

A este respecto hay que destacar que una de las constantes en los escritos de Cecilio Arrastía — que se nota no solo por las frecuentes referencias directas que el autor hace del tema, sino de manera particular por el “producto” de su labor homilética es la necesidad de *tomar en serio* el texto sagrado. Porque mucha de la predicación cristiana — sin distingos adjetivos — es una burla de la Palabra. Se la confunde con un horóscopo, con un mapa turístico del futuro catastrófico, con un tabú (“si no leo al menos un texto cada día algo ‘malo’ puede sucederme”), o con una excusa para entretener a un auditorio (que no congregación) por media hora. Y así se elimina lo que de auténticamente riesgoso y de aventura tiene la predicación, y, de hecho, también se ha eliminado la predicación misma, que resulta substituida por una arenga, por una cartilla moral o por un manojito de supersticiones.

La predicación que no tiene fundamentación bíblica no es predicación cristiana. Y para que exista tal fundamentación se requiere que la predicación sea expositiva: “Muchas necesidades dramáticas tiene el púlpito protestante contemporáneo, pero la primera es la recuperación de la predicación expositiva. Nada necesita tanto el pueblo creyente y el pueblo por creer, que este tipo de predicación” (‘Predicadores y predicadores’. última parte).

Abrir el texto sagrado y ex-ponerlo, es decir, “ponerlo-fuera”, sacarlo, darlo a la comunidad en su sentido prístino: esta no es simple labor de lectura; es tarea exegética (palabra que, etimológicamente, también significa “conducir fuera”). Pero, para poder “poner fuera” es necesario que nos “metamos dentro” (si se nos permite el pleonasma). Por eso,

Predicar así es caminar. Sí. Es caminar dentro de un pasaje bíblico, junto a los personajes mismos que protagonizan el incidente comentado. Es “descubrir” (que aquí vale por ser descubiertos por) el universo de conceptos, emociones, imágenes y realidades que el pasaje encierra. Todo pasaje bíblico es cofre: urge hallar la llave que lo abra y exponer frente al pueblo las joyas que encierra. Para

esto hay que hacer labor de transculturación: hay que partir del conocimiento de la cultura que se interpreta — la bíblica — hasta llegar a la cultura para la cual se interpreta. Y hay que romper palabras, y descubrir raíces y significados originales. Y hay que leer la prensa y los autores que diagnostican los males del presente. Y después “clavar” la verdad bíblica en el corazón mismo de la presente condición humana. Hacer de esa verdad bandera y apoderarse de territorio enemigo “ad majorem Gloriam Dei” ... Eso es predicar. (“Predicadores y predicadores”, penúltimo párrafo)

Sin lucha con el texto no hay bendición. Y si el predicador no recibe esta, tampoco podrá distribuirla a quienes esperan oír de él Palabra iluminada.

Un último elemento deseamos apuntar aquí en relación con este terna. Lo trata el autor en un artículo cuyo título resume la tesis de manera “perfecta” “La Iglesia, comunidad hermenéutica”. La tarea de la predicación no es responsabilidad que se agota en la persona del predicador. Porque la responsabilidad es de la comunidad: “La iglesia tiene una agenda que no admite días: servir, adorar, estudiar, reflexionar, orar, traducir, evangelizar, profetizar, imprimir, curar, concientizar. No hay institución en todo el mundo que tenga un programa tan completo ni tan fascinante. Y lo completo de este programa obliga a una acción continua” (*Itinerario de la pasión*, p. 52). Nótese que todo lo que se ha señalado es agenda *de la iglesia*, y no de unas cuantas personas especializadas en cada rama. Esto significa — diríamos que en buena teología paulina — que los dones Dios los ha dado a la iglesia y no a los individuos. Estos no son más que sus administradores, para bien de la totalidad del cuerpo.

A la luz de este hecho, la Iglesia — teológicamente hablando — es la que predica ... aunque en la práctica el predicador haya actuado como un “lanero solitario” (para usar la expresión que utilizan Justo y Catherine González, en su excelente libro *Liberation Preaching. The Pulpit and the Oppressed*, Se hace necesario, por tanto, y con necesidad de urgencia, devolverle a la comunidad cristiana la responsabilidad — que también es privilegio ... ¡y qué privilegio! — de ser participante activa en la tarea de la predicación, es decir, de jugar un papel significativo en el ministerio hermenéutico.

Creemos que este terna es de importancia tal que requiere que se lleve a la práctica y, a la luz de ella, se profundice la reflexión tanto sobre su significado como sobre sus alcances y formas. En este sentido, el aporte que hace nuestro autor es muy valioso. Algunas de sus afirmaciones son un reto, como cuando sostiene que “*la teología bíblica es teología del pueblo*, de obreros, de pescadores, de hombres y mujeres con raíz comunitaria” (“La Iglesia ...”, II. Subrayado nuestro.)

Otros aspectos de la tarea teológica de Cecilio Arrastía, y de las implicaciones de aquella para la predicación, podrían analizarse en los escritos

que aquí publicamos y en los libros del mismo autor. Sin embargo, por el propósito de este artículo, queda tal estudio para ulterior ocasión.

3. *El predicador-orador*

Cuando a Cecilio se le llamó “príncipe del púlpito”, el calificativo tenía razón de ser tanto por la profundidad del pensamiento como por la habilidad retórica que lo caracteriza. No podemos hacer aquí un minucioso estudio de los elementos retóricos que lo constituyen en un crisóstomo latinoamericano, pero si quisiéramos destacar algunos hechos fundamentales que sobresalen en lo que él mismo dice y en cómo lo expresa.

“El predicador no nace, se hace” ha escrito él en el breve artículo que constituye su testimonio personal acerca del lugar que la Biblia ocupa en su ministerio. Por supuesto — no podría ser de otra manera en un pensador reformado — el “se hace” no es una forma impersonal, sino que tiene, en última instancia, un sujeto definido: Dios. El predicador que cada uno se haga es dádiva divina. Pero el don divino no opera hoy — como tampoco ayer — por arte de birlibirloque. Aunque parezca paradójico, la gracia divina se hace gracia efectiva actuando en el ser humano y por medio del ser humano. El don de la predicación es don divino que el predicador tiene que hacer realidad en su vida con todo empeño y disciplina. Y aquí radica la primera gran lección que nos deja Arrastía: el predicador que no tenga clavada en el alma la convicción de que tiene que poner de sí todo lo que pueda poner en esfuerzo, estudio y sacrificio ... mejor sería que revisara su propia vocación, porque quizá la haya equivocado. El predicador que piense que porque el mensaje es de Dios ya él mismo no tiene que hacer nada está condenado al fracaso y a un ministerio superficial y superfluo.

Lo anterior es así porque, por una parte, la interpretación del texto — la Biblia — no es tarea fácil. Ya lo señalamos en la sección anterior y lo reitera Arrastía a lo largo de sus escritos. Pero, por otra parte, no basta con saber qué va a predicarse; hay que saber, además, cómo va a exponerse eso mismo “para que haga la obra para la cual se envía”.

Después de la mordaz crítica que aparece en la primera parte de “Predicadores y predicadores”, nos dice el autor:

*¿Cómo ha de ser entonces el **predicador-predicador**? Digámoslo sin rodeos: En cuanto a la forma, debe combinar todos los elementos positivos que concurren en los anteriores descritos. Debe ser cuidadoso en el uso de la palabra porque un mensaje tan hermoso, solo con hermoso ropaje debe cubrirse, (...) las ilustraciones deben ... engastarse bien en la joya retórica que debe ser un sermón.*

Dicho con otras palabras: la dignidad del mensaje demanda una presentación digna. De otra manera sería como envolver un regalo precioso y valioso en papel periódico engrasado y la fe nuestra que esa es la impresión que dejan muchos sermones.

Para lograr esta meta el predicador tiene que disciplinarse. Ello implica el estudio del arte oratoria, pero eso no basta. Se requiere leer, leer y leer. Leer a los clásicos de la oratoria sagrada y profana; leer a los clásicos de nuestra lengua, especialistas del buen decir; leer a los escritores de nuestras tierras latinoamericanas, nuestros ensayistas, novelistas y poetas, nuestros filósofos e historiadores. Porque en esas lecturas se forja y enriquece nuestro propio vocabulario. Y también porque en ellas encontraremos una fuente inagotable de ideas e ilustraciones que le darán profundidad, variedad y belleza a nuestra predicación. Esas lecturas nos ayudarán en el diagnóstico de los males presentes y a penetrar en el alma de nuestro pueblo.

Estas características aparecen constantemente en los sermones y escritos de Cecilio Arrastía. Su riqueza de vocabulario es incluso asombrosa si se toma en cuenta que por más de veinte años ha vivido en Estados Unidos y en una región donde el español casi está dejando de ser tal para adquirir su propia fisonomía y personalidad.

Arrastía es maestro en el uso de la metáfora. De una extraordinaria capacidad imaginativa, crea a raudales figuras que ayudan al oyente (casi podemos decir que lo fuerzan) no solo a *escuchar* lo que dice el predicador sino también a *ver* aquello que afirma o describe.

En 1962 tuvimos el privilegio de escuchar a Cecilio Arrastía en una iglesia del Bronx, en la ciudad de Nueva York, iglesia que pastoreaba el Rev. Juan Sosa. Era un sermón de sólido amarre cristológico. En un determinado momento el predicador dijo: “Jesucristo es la esquina de la historia donde Dios tiene una cita con el hombre”. La imagen produjo tal impacto que “vimos” una calle andaluza (o de la parte vieja de mi ciudad, Las Palmas), una esquina, un farol en la esquina y Dios que, al pie del farol, esperaba que llegase aquel con quien había hecho la cita. Más de veinte años después la imagen no se me ha borrado de la mente.

He aquí otros ejemplos de la fuerza creativa de la imaginación puesta al servicio del mensaje. Todos están tomados de *Itinerario de la pasión*:

El domingo es el día en el cual el huracán halla su vórtice. Y el eje lo ofrece Jerusalén. Allí se organiza la tormenta que hará impacto definitivo el viernes, en el puesto de observación más dramático de la historia: el monte Gólgota. Han sido tres años en los cuales vientos, soplos, ráfagas y presagios se han ido confabulando para finalmente estructurar una fuerte tormenta. Aquellos vientos van a traer este huracán.

(p. 16).

Vidas como la de Cristo recogen en sus luchas e dilemas, dilemas e luchas que nunca pierden su vigencia. Son vidas que se viven en función de lo eterno y lo esencial. Ni lo pasajero ni lo frívolo son partidas de sus presupuestos vitales.

(p. 29).

La gracia es la redención de nuestra hipoteca emocional. Es liberación de nuestra carga y grillete.
(p.58).

Nada en la vida de Cristo resultó fácil. Entra a la historia por la puerta del desprecio — un pesebre en una cuna “porque no había lugar en el mesón” — y sale de la historia por el escotillón del madero ignominioso.
(p. 39).

*Resulta interesante observar que en la cruz, el Señor recibió dos ráfagas fugaces pero refrescantes de aire fresco. Y lo interesante es que estas dos ráfagas vinieron de quienes menos debía y podía esperarse. Una vino del ladrón...
La otra vino del representante de Roma...*
(P. 101).

*Es este Espíritu el que nos “da testimonio de que somos hijos de Dios“. Aquí está el sello, la garantía. Este es el **imprimatur** sobre la edición de nuestra vida antigua.*
(P. 123).

Entonces del séptimo día de nuestra historia, pasaríamos al octavo día de la historia salvadora, la historia de Dios.
(Ultimas palabras del libro)

Y así podrían multiplicarse los ejemplos si recurriésemos a los demás escritos del autor.

Otro elemento importante en la oratoria de Arrastía es su habilidad para jugar con las palabras y darles más fuerza expresiva. Véase, por ejemplo, este texto en el que se usan dos palabras que no se diferencian en la pronunciación, pero sí en la escritura, y que son antónimas: “... y porque Adán no vence, cae y se hunde en una sima; y porque Cristo vence, se levanta a una cima...” (*Itinerario*, p. 91). Y estos son otros ejemplos entresacados de la misma obra:

*Cuando él entra en Jerusalén, comienza el principio del fin para él. Su entrada tiene doble significado: para él es muerte; para mí es vida; para él derrota, para mí victoria; para él es grillete, para mí ala redentora ... Para él es el **principio del fin**, para mí es el **fin de mis principios** falsos y el comienzo de **un nuevo principio** en Dios, por Dios y para Dios, por medio de Cristo Jesús, mi Rey y mi Señor.*
(p. 27).

El Cristo brumoso del miércoles es revelación de una verdad que no está envuelta en la bruna. Nuestra ignorancia es antesala de nuestro conocimiento.
(p. 60).

Y nadie me quita de la cabeza que Cristo... halló esperanza en la experiencia.
(p. 63).

Olvidarnos de nosotros mismos es hacer que la eternidad nos recuerde.
(p. 64).

Y junto a este juego de palabras, el uso de la paradoja y de la ironía como recursos retóricos. (Las citas son de la misma obra):

Paradoja

... su soberanía expresada en el contexto de su necesidad ...
(p. 17).

... el hombre crece precisamente en su afán de hacerse pequeño para que Dios crezca ...
(p. 19).

¡Cuántas verdades pueden decirse en nombre de la mentira!
(p. 46).

Vino a agradar a Dios, aunque para ello tuviera que desagradar a algunos hombres.
(p. 47).

Ironía

De ninguno tuvo hijos. Finalmente muere ella también. (¡Ya era hora, después de siete matrimonios!)
(p. 53).

Otra característica del ministerio de la Palabra digna de destacar en Cecilio Arrastía es la dimensión “secular” de su predicación. Como en el caso de Jesús, quien hablaba con profundidad de las cosas sencillas del trajín cotidiano. La “forma” de los sermones de Arrastía se salen del atajo trillado de la predicación protestante. Exprime el texto (¡permítaseme la metáfora!) y el jugo que sale es fresco y refrescante. Y se entrega en el vaso de *nuestra* lengua.

* * *

Palabras finales

Horno sum..., dijo el poeta en el texto que en otra parte de este artículo citamos. Y a riesgo de parecer impertinentes, quisiéramos concluir estas reflexiones con unas observaciones que, sin lugar a dudas, requerirán posterior y más amplio análisis.

La primera es teológica, y tiene que ver con lo que ya calificarnos como “trampa que el mismo autor se tendió”; es decir, nos referimos a las afirmaciones antropológicas que en sus escritos se encuentran.

Nos parece que en los textos que oportunamente comentamos no se ha hecho la necesaria distinción entre lo que podríamos denominar “naturaleza” y “naturaleza caída”. En efecto, no hay ninguna base bíblica, desde perspectiva teológica, para calificar como se hace (“lo más bajo”, “lo más despreciable”, “lo despreciable de la materia prima”: véase “El hombre, el texto y el contexto”, I, 1.1 y 1.2) el hecho de que, según el relato genésico el hombre fue “manufacturado” del polvo de la tierra.

Y Luego se agrava el problema por el tipo de relación que se establece a partir *de* ese dato. Así leemos: “somos contradicción, ambivalencia dramática. Por un lado reaccionamos con generoso desprendimiento, que nos hace héroes; por otro, con bochornoso egoísmo, que nos hace monstruos. (...) Somos ala o somos lodo” (*Ibid.* 1.3).

En este texto se han confundido dos planos, pues el “bochornoso egoísmo” nada tiene que ver con que seamos lodo, formados del polvo de la tierra. Lo que transforma el lodo-del-orden-material en lodo-moralmente-cualificado no es “la materia prima” de la que el ser humano está hecho, en su aspecto físico. La diferencia se establece en virtud de la introducción de un nuevo factor: el pecado. Y el pecado no es mero producto del ser corpóreo, pues tiene que ver con la persona, como unidad y como totalidad.

Cierto, hay aspectos de la existencia humana que destacan alguna dimensión particular de ella. Lo corpóreo podría apuntar hacia lo transitorio y fugaz, hacia lo aleatorio y efímero. Aunque de nuevo aquí habría que añadir que, de acuerdo con el relato bíblico, la fugacidad y transitoriedad, es decir, la muerte, no fue condición originaria, sino también consecuencia del pecado.

Concordaremos, eso sí, en que en su condición “caída” el ser humano tiende a lo “terreno” en sentido de lo rastrero, lo bajo y ruin, y es capaz, al mismo tiempo, de manifestar señales inequívocas de que fue creado a imagen y semejanza de Dios. Pero ello no es causado por la corporeidad.

Permítasenos cerrar esta observación con unos versos de la sección VI: “Rostro”, de la tercera parte de *El Cristo de Velázquez*, de D. Miguel de Unamuno:

*Te faltaba
para hacerte más Dios pasar congojas
de tormento de muerte. Así besaste
de corazones que en amor latieron
antaño la ceniza. Así besaste
el polvo que mejido a tu saliva
dio vista al ciego. Por la tierra vemos
— yeldada por el jugo de tu lengua —
con la que hablara el Verbo; por el barro
de que nos hizo Dios, y por la tierra,*

*viste el abismo de nuestra desgracia.
Con tierra, por tu Verbo hecha divina,
veremos los misterios de ultratumba,
los ojos restregándonos. No escondas
de nosotros tu rostro, que es volvernó
chispas fatuas, a la nada matriz.*

La segunda categoría de nuestras observaciones es lingüística.

La mayor parte de los artículos que aquí se publican fueron escritos cuando no se había desarrollado en nuestro medio la conciencia de la naturaleza sexista del lenguaje. Por eso, con reiterada frecuencia se utiliza el masculino genérico de carácter inclusivo (p.e., “El hombre, el texto...”). El propio autor se percata de ello y lo señala, por lo que a veces utiliza la expresión “el hombre y la mujer”. Lo que a algunos puede chocar es el uso de fórmulas de fuerte carga masculina para definir ciertos aspectos de la vida de Cristo, como por ejemplo, “la santidad viril”. Podría alegarse, por supuesto, que Jesús era varón y, como tal, vivió varonilmente. Pero también podría objetarse que se eleve ese hecho a calificación universal. (Y no creemos que esa haya sido la intención del autor.)

Aunque podría tratarse de gustos lingüísticos, preferimos la palabra “evangelización” a “evangelismo”. Esta última es la que se repite casi constantemente en los escritos de Arrastía. Nuestra preferencia se fundamenta en que la terminación “ismo” tiene un uso particular en castellano, y en que la palabra “evangelización” expresa lo significado con un carácter dinámico propio, que es esencial en la actividad a la que se refiere. (Añádase, además, que “evangelismo” parece denotar cierta influencia del “evangelism” inglés.)

Lea el lector las páginas que siguen y deléitese con ellas y en ellas. Al final saldrá enriquecido para un servicio más eficaz.